

LA ANTONIO
GÓMEZ RUFO
CAMARERA
de BACH



Antonio Gómez Rufo



La camarera de Bach

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Antonio Gómez Rufo, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2014

Depósito legal: B. 18.155-2014

ISBN: 978-84-08-13251-6

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

<i>Nota previa</i>	9
Capítulo I. Leipzig	11
Capítulo II. Halle	65
Capítulo III. Las calles del infierno	123
Capítulo IV. Viena	183
Capítulo V. Días de víspera	219
Capítulo VI. El vuelo del halcón	259
Capítulo VII. París	307
Capítulo VIII. Las puertas del alba	341
Capítulo IX. Las afueras del mundo	397
Capítulo X. La camarera de Bach	441
<i>Epílogo</i>	473

Por las calles nevadas de Leipzig la pequeña Madlene Findelkind iba dejando el rastro de sus pisadas menudas como si se tratara de huellas de gato.

Avanzaba encorvada contra la ventisca en busca de la mansión de los Bach, sujetándose con una mano sin guantes una toquilla de lana que no impedía el paso del frío y arrastrando, con la otra, un hatillo en el que guardaba todas sus pertenencias.

Un espectro no hubiera sido más silencioso.

Le habían indicado que encontraría la casa un poco más allá y que la reconocería por la sobriedad de su apariencia, la pintura cuarteada y desgastada de su fachada y sus contraventanas pintadas en color verde oscuro. Pero el frío le dolía cada vez más, el viento helado le impedía tener los ojos abiertos por completo y los zapatos de cuero y medio tacón, empapados desde hacía mucho rato, amenazaban con deshacerse en el siguiente charco helado que se resquebrajara bajo sus pies.

Al fin descubrió una casa grande de dos pisos situada tras un pequeño jardín protegido por una verja coronada de una nieve tan blanca que podía dar la impresión de que cada barrrote se había cubierto con un gorro minúsculo de astracán. Intentó asegurarse de que había llegado a su destino, buscando alguna referencia, pero no encontró señal alguna de que aquella fuera la dirección que le habían facilitado. Empezaba a amanecer, la calle permanecía desierta y el frío se volvía cada vez más intenso. Jadeando y aterida, temiendo desfallecer, empujó las puertas de hierro del jardín, subió los tres peldaños de la escalera de la casa y se puso de puntillas para tirar del badajo que hacía sonar la campanilla de la entrada.

—Ya voy, ya voy...

Una voz desganada de mujer se oyó al otro lado de la puerta. Madlene se rehízo, enderezando la espalda y estirando el cuello, se recolocó la toquilla y se remetiÓ los mechones de pelo desordenado en el pañuelo con que se cubría la cabeza. Después se limpiÓ la cara de agua con el dorso de su antebrazo y volvió a extender los hombros para adoptar una postura erguida y causar una buena impresión.

La mujer que abrió la puerta se la quedó mirando con curiosidad, de arriba abajo.

—Buenos días —saludó Madlene—. Soy la nueva...

—Pasa, hija, pasa —ordenó la mujer—. ¿O quieres que se congele toda la casa?

—Con permiso. Gracias.

La muchacha se adentró en el vestíbulo y observó las huellas de agua que dejaban las suelas de sus zapatos tras sí. Iba a disculparse del descuido cuando la mujer, que pareció no dar importancia a lo inevitable de las pisadas, aunque las observó mientras hablaba, la interrogó.

—Eres la nueva camarera, ¿no?

—Sí, señora —afirmó al mismo tiempo con la cabeza—. Me envía el señor Schoenberg. Mi nombre es Madlene Findelkind y...

—¿Te envía él? —se sorprendió la mujer—. Pero tú... ¿cuántos años tienes?

—Trece, señora. Eso me han dicho.

—Bueno, bueno... No sé. —Alzó las cejas y cabeceó, dubitativa—. Anda, pasa; ven conmigo. Ahora recogeré eso —apuntó con la barbilla a las pisadas del suelo.

La criada, ataviada con un enorme delantal blanco y una cofia que le cubría toda la cabeza, inició el camino hacia el interior de la casa, condujo a la recién llegada a través de un pasillo estrecho, hasta la cocina, y le indicó que se sentara en un taburete de madera, junto a la mesa.

Daba gusto estar allí. El fogón, sin duda encendido hacía ya un buen rato, había caldeado la estancia a pesar de su gran tamaño. Sobre el fuego se calentaba una cacerola de agua al lado de un gran cazo en el que humeaba leche recién hervida,

y en el horno terminaba de cocerse una bandeja de panecillos. Madlene se echó hacia atrás el pañuelo que cubría su cabeza, aflojó la mano que sostenía prieta la toquilla sobre el pecho y se colocó con cuidado el hatillo sobre las piernas. Luego contempló cómo la mujer sacaba los panecillos del horno y los miró con la boca inundada de aguas.

—¡Qué bien huelen! —susurró, apenas.

—¿Quieres uno? —preguntó la mujer.

Madlene alzó los hombros y encendió la luz de sus ojos. A ella, como a cualquiera, le resultaba imposible resistirse a la fuerza de la necesidad. Aun así, musitó:

—No quisiera abusar.

—Bueno, bueno, déjate de remilgos —replicó la mujer, tomando uno de los panecillos con cuidado para evitar quemarse y dejarlo sobre la mesa, delante de ella—. Ya, ya sabrás tú lo que algunos entienden por abusar en esta casa.

—Yo, señora... —Madlene adelantó la mano para coger el pan.

—¡Estate quieta, criatura, que te vas a quemar! —advirtió—. Además, no debes comerlo todavía si no quieres que te sienta mal. Espera un poco a que se enfríe. ¿Sabes a qué vienes, no?

—No, señora.

—Qué señora ni qué señora —refunfuñó la mujer—. Llámame Catharina, como todo el mundo. Aquí soy la más vieja, pero tan criada como tú. Bueno, también soy la cocinera. Pero en esta casa nadie parece agradecer mis guisos. Total... —La mujer pareció decepcionada, o resignada—. Bah, qué sabrán ellos. Todos muy instruidos y cultos, eso sí, pero sin pizca de educación. Ya lo comprobarás.

Madlene no atendía. Miraba el bollo de pan y, a cada momento, lo tocaba con la yema del dedo índice para ver si se había enfriado lo bastante y podía comérselo.

—¿Puedo ya? —preguntó, al fin.

—Te han llamado para que trabajes al servicio del señor. —Catharina ignoró la pregunta—. Vienes a atenderle. El señor Bach se encuentra mal, ya lo verás: es muy mayor y, sobre todo, el pobre está quedándose ciego. Bueno, en realidad ya

lo está, no ve nada, pero nadie lo dice así de claro. En fin, que si te quedas en la casa tu labor consistirá en atenderle, asear sus estancias y ayudarle a todo: a lavarse, a vestirse... O sea, a ser su lazarillo, hacerle compañía. En el caso de que seas del gusto de la señora, claro, que desde que el señor está como está, ella es la que dispone y manda...

Madlene, poco atenta a cuanto se le decía porque no apartaba los ojos de la bandeja, consideró que la ausencia de respuesta significaba que había recibido el permiso y devoró el pan con la misma fruición y ansia que si se fuera a acabar el mundo o el mundo se lo fuera a quitar. La vieja Catharina, al observar la urgencia con que lo masticaba y tragaba, cabeceó y torció el gesto, afeándole los modos, pero no dijo nada y a continuación le sirvió un tazón de leche caliente.

—Muchas gracias, señora.

—¡Come un poco más despacio, por el amor de Dios, que te vas a atragantar! —Catharina comprendió la prisa de la niña por atender a su hambre y arqueó las cejas. Luego cabeceó otra vez, desentendiéndose—. En fin, que lo que has de saber es que el señor se pasa el día pidiendo agua, reclamando cuidados, exigiendo que se le atienda y ordenando que se le obedezca. Tendrás que tener paciencia, ¡mucho paciencia! Y luego... —la mujer volvió a negar con la cabeza, cerró los ojos y exhaló un suspiro—, bueno, y luego habla, y habla, y habla... No calla ni un instante. Se pasa todo el día hablando de sus cosas. Que si conciertos, que si misas, que si cantatas, que si oratorios, que si tocatas, que si... ¡Qué sé yo! Dice unas cosas rarísimas. Yo, hija..., la verdad: no le entiendo ni una palabra.

—¿Puedo comer otro de esos panecillos? —Madlene miró a Catharina con ojos de súplica.

—Sí, hija, sí. Todos los que quieras. Cualquiera diría que llevas dos días sin comer...

—Tres —respondió ella, impetuosa.

Y luego bajó los ojos, avergonzada.

Se produjo un gran silencio. Catharina trató de que no se le notara la lástima que le producía la joven y se volvió para trajinar entre cacharros antes de sacar otro pan del cestillo, el más grande. Esta vez se lo dio en la mano y, a continuación, le

acercó un plato con mantequilla y un pequeño cuchillo de madera.

—Unta el pan en manteca, anda, te dará fuerzas. Y bebe otro tazón de leche. Que después, si no le gustas a la señora, al menos no te vayas con hambre.

—Si yo, no...

En ese momento sonó una campanilla en el piso de arriba. Catharina se alisó el delantal.

—Ya se ha despertado. Voy a llevarle el desayuno y le diré que estás aquí. Acompáñame, te quedarás junto a la puerta y cuando te diga que entres, ya sabes: si quieres quedarte en la casa, contesta a todo que sí. Que conoces el modo de cuidar de un hombre mayor, que eres limpia y aseada, que eres obediente... Que has atendido muy bien a tu abuelo hasta que murió, por ejemplo.

—Pero es que yo... no conocí a mi abuelo.

—¡Pues te lo inventas, caray! ¡No seas tonta! Y que eres muy religiosa, por supuesto. No olvides decirlo.

—Es que...

—Y ten en cuenta una cosa más: la señora no es mala, pero fue cantante, así que no puede evitar ser una mujer... así, ¿cómo decirlo? Vanidosa, presumida... Y muy orgullosa. Aprovecha cualquier ocasión para preguntarle por sus días de gloria como cantante en los coros de la iglesia.

—Yo, no sé si...

—¡Ay, estas crías! —refunfuñó Catharina mientras salía de la cocina llevando una bandeja con el desayuno—. ¡Qué poco mundo tienen! Yo, a tu edad...

Quando Madlene Findelkind entró en el dormitorio de Anna Magdalena Wilcke para ser presentada se vio frente a una mujer de edad, de hermoso rostro y curvas orondas, sentada en un amplio butacón igual que una reina en su trono. Abridada aún con la bata de noche y peinada de un modo impecable con un moño alto, recién hecho, miró a la joven con severidad, observándola con tanto interés como desconfianza.

—Me dice Catharina que eres la muchacha de la que nos ha hablado el señor Schoenberg, ¿no es así?

La estancia, muy amplia y recargada de muebles de madera oscura y cenefas doradas ilustrando bordes y remates, infundía una solemnidad que intimidaba. Las cortinas, descorridas, permitían que la luz del amanecer atravesara la cristalera fijando un haz de luz sobre aquella mujer enorme y con un aura de autoridad que inspiraba, más que respeto, temor. Madlene, sintiéndose tan insegura, desvalida, acomplejada y minúscula como jamás se había sentido, tartamudeó al responder:

—Sí, señora. Cuando salí de su casa de campo, tres días hace ya, el señor Schoenberg me dijo que...

—Ya sé, ya sé. —Anna sorbió otra vez de su taza del desayuno y preguntó, imperativa, urgiéndola—: ¿Cómo te llamas?

—Madlene Findelkind, señora.

—Bien, Madlene. ¿De quién eres hija?

Madlene se miró la punta de los zapatos. En aquel momento deseó huir, pero ni fuerzas pudo reunir para salir corriendo y abandonar el cuarto.

—No lo sé, señora.

—¿Y quién te crío? Porque alguien lo haría, supongo.

—Estuve recogida en el Hospicio de San Nicolás hasta que el señor Schoenberg me tomó a su servicio hace dos años, señora.

—¿Pero no te acuerdas de lo de tu abuelo? —interrumpió Catharina, indignada.

Madlene volvió la cabeza y observó los ojos fruncidos de la cocinera, regañándola por no hacer uso de la trama que ella había urdido en su ayuda. Y, curiosamente, aquella mirada, en lugar de acobardarla, le devolvió la serenidad al comprobar que no estaba sola ante el ama que la interrogaba y, a la vez, la intimidaba.

—Yo...

—Anda, déjanos solas, Catharina —ordenó Anna—. Vuelve a la cocina y prepara el desayuno del señor.

—Sí, señora. —La cocinera salió del dormitorio negando con la cabeza y murmurando—: ¡Esta cría es tonta!

—Bien, ya veo —aceptó Anna Magdalena, rebajando su

tono de voz y respirando profundamente, complacida sin duda por el aspecto de bondad y el aire discreto que la niña mostraba. Y, tras beber otro sorbo de la taza, dijo con voz pausada—: Le comenté a nuestro buen amigo el señor Schoenberg que Johann Sebastian, quiero decir mi esposo, el señor Bach, empieza a necesitar de una camarera dócil y dispuesta para su atención y cuidados y, al parecer, como ya no te necesita a su servicio en la casa de campo, ha pensado en ti. Me ha enviado un billete con las mejores referencias sobre tu diligencia y discreción, tu buena predisposición y tu mesura. Así pues, confío plenamente en las palabras de nuestro buen amigo el señor Schoenberg y ahora he de confiar en ti porque tu recato me parece apropiado a lo que mi esposo precisa. Si fueras también del gusto del señor Bach y te quedaras a servir en la casa, ¿sabes cuáles serían tus obligaciones?

—Creo que sí. —Madlene inclinó la cabeza, dubitativa, pero más apaciguada porque las palabras de Anna ya no parecían amenazadoras, sino maternas. Como si le hablase a una hija de sus deberes con su profesor en una clase de clavecín—. Me ha dicho la señora Catharina que debo estar al servicio del señor en cuanto precise. Atender sus demandas, acompañarle a todas horas, obedecer...

—Eso es. Sobre todo obedecer. Si eres de su gusto, por mí no habrá inconveniente. El señor Schoenberg es un amigo muy apreciado en esta casa y tanto mi esposo como yo siempre le estamos muy agradecidos por sus consejos. Hoy mismo conocerás al señor y él...

—¡Mamá!, ¡mamá! —Una joven, de la misma edad que Madlene, entró en ese instante corriendo en la estancia. Se quedó mirando a la desconocida y arrugó el ceño después de comprobar que Madlene no bajaba los ojos, sino que le devolvía la mirada con idéntica curiosidad—. ¿Quién es, mamá?

—Madlene. Esta es mi hija Johanna Carolina. Johanna, Madlene estará desde hoy al servicio de tu padre. Dale la bienvenida.

Johanna volvió a mirarla con disgusto, recorriendo su figura con desdén de arriba abajo, y se apresuró a ponerse junto a su madre sin apartar los ojos de la recién llegada.

—No creo que a mi padre le guste.

—¿Por qué dices eso, pequeña? —Anna Magdalena le acarició la cabeza mientras le hablaba con una entonación conmovedora que desbordaba su amor de madre.

—No sé... —Johanna se mordió el labio inferior y cerró los ojos, exagerando su altivez al levantar la barbilla y elevarse sobre las puntas de sus zapatos—. Pero no le va a gustar.

—Vamos, vamos. Dejemos que eso lo decida él. ¿Qué querías decirme para entrar aquí de un modo tan atolondrado?

—Pero... ¡no le va a gustar! —Zapateó la niña, con uno de sus pies, manifestando su rabia—. ¡Es una birria!

—¡Johanna!

Anna Magdalena, entonces, abochornada por el comportamiento de su hija, tan inapropiado, la corrigió severamente, recordándole su obligación de mantener la compostura, y tan brusco fue el tono empleado en la reprimenda que la niña temió el castigo si no se mordía la lengua. Así es que prefirió callar y, en su lugar, mostrar su disgusto con lo que en realidad le había llevado a aquel cuarto.

—¡Es que Regina se está vistiendo con mis medias rosas y no me ha pedido permiso!

—Bueno, está bien. Luego hablaremos de eso. Es tu hermana pequeña y tienes que consentirle algunos caprichos. Tú también has sido siempre muy caprichosa.

—Pero ¡mamá...!

—Anda, déjame seguir hablando con Madlene. —Johanna Carolina salió irritada de la estancia y la señora Bach se volvió hacia la camarera—. Johanna tiene trece años, como tú, y Regina Susanna, la pequeña, ocho. Pero sabes que tu deber es tratarlas con respeto, a las dos, porque son las señoritas de la casa. ¿Entendido?

—Sí, señora. Por supuesto.

—Bien. Ahora ve a la cocina y que Catharina te muestre dónde vas a dormir. El señor no pondrá inconvenientes a tu presencia, le conozco bien. Y aséate y ponte ropa limpia y perfumada. Apenas puede ver, pero quiero que le causes una buena impresión.

Madlene Findelkind afirmó con la cabeza, corrió a besar la mano de Anna y le dio las gracias. Luego salió de la habitación y se topó con Catharina, que había seguido la conversación con el oído puesto detrás de la puerta. Sonrió al verla salir, Madlene le devolvió la sonrisa y entonces fingió seriedad y echó a andar muy erguida hacia la cocina.

—Sígueme.

Al bajar las escaleras se tuvieron que apartar para dejar paso a un joven que bajaba de dos en dos los escalones, atropellándolo todo.

—¡Paso franco, Catharina!

—¡Señorito! —exclamó la mujer, dando un respingo—. Vais como un loco. ¡Un día me mataré por vuestra culpa!

—Calla, vieja gruñona, o llegaré tarde a mis clases.

—¡Se lo diré a vuestra madre! —Catharina le amenazó en vano, porque el joven había cerrado ya la puerta de la calle tras sí—. Es Johann Christian, el menor de los hijos varones del señor Bach. Tiene quince años pero parece que tuviera cinco. No es malo, pero siempre ha sido muy travieso. Qué edad más mala...

Madlene no dijo nada. Pero de inmediato se ruborizó cuando la puerta de la calle volvió a abrirse, se asomó por ella la cara de Johann Christian y, mirándola con descaro, preguntó:

—Y esta, ¿quién es?

—Va a servir a vuestro padre, jovencito.

—¿Una nueva esclava? —Negó con la cabeza y se dirigió a Madlene—. No te dejes avasallar, hazme caso. Esta casa es un vestigio feudal, una galera negrera que...

—¡Ande, ande, señor Bach! —le interrumpió Catharina, airada—. Haced el favor de seguir con vuestras obligaciones, que la Universidad no os va a esperar todo el día.

Y Johann, burlón, le sacó la lengua y volvió a salir de la casa aprisa, cerrando la puerta con un golpe brusco y seco que la hizo temblar.